

## Recensión

GLADYS GORDONES Y LINO MENESES PACHECO. *Arqueología de la Cordillera Andina de Mérida*, Editado por varias instituciones: Museo Arqueológico “Gonzalo Rincón Gutiérrez”-ULA, Grupo de Investigaciones Arqueológicas y Lingüísticas (GRIAL)-ULA, Ministerio de la Cultura-CONAC, Ediciones Dábanatà, Mérida, Venezuela, 2005.

CLARAC DE BRICEÑO, JACQUELINE  
*CIET / GRIAL / Museo Arqueológico*

Este libro es el primero que salió por las Ediciones Dábanatà, las cuales constituyen un esfuerzo editorial en Mérida, Venezuela, para la divulgación de las investigaciones antropológicas, arqueológicas y lingüísticas. El término “Dábanatà” es un derivado del verbo “dabanâtasri”, del idioma baniva, de la familia lingüística Maipure-Arawaka del Amazonas. Se utiliza esta voz sobre todo en los textos míticos: “*Dábanatà Pêepusri*” (“*Cuando comenzó el Mundo*”).

Hizo la presentación del libro la arqueóloga venezolana Iraida Vargas, quien recalca, como lo señalan también los propios autores que, desde finales del siglo XIX, la zona andina constituyó un polo de atracción para los investigadores, destacando los trabajos de Ignacio Lares, Julio C. Salas, Tulio Febres Cordero, Mario Briceño Iragorry, Alfredo Jahn, Miguel Acosta Saignes, Mario Sanoja, etc., cada uno con su enfoque propio, todos con un mismo propósito: Estudiar el origen de las poblaciones que ocuparon desde temprano la Cordillera Andina venezolana, sus características culturales y lingüísticas. Dichos autores no coinciden generalmente en los resultados, razón por la cual estos dos jóvenes arqueólogos, Gordones y Meneses, vuelven a emprender la tarea, en base a sus propios trabajos arqueológicos y a los datos

etnológicos y lingüísticos en los cuales se ha avanzado recientemente, a través de las investigaciones del Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes (Mérida) y del grupo de Investigaciones Antropológicas y Lingüísticas de la misma universidad, en el estudio de las sociedades que poblaron dicha cordillera. Vargas considera que ellos pueden ser considerados como continuadores de la línea de investigación sociohistórica iniciada por Acosta Saignes, y le parece muy convincente la argumentación que tienen ellos sobre la existencia de grupos y fronteras étnicos diferenciados para el período de contacto con el español, encontrando en este libro “*un carácter sugerente, estimulador y provocativo*”.

El libro se divide en cinco partes: Una Introducción, donde hacen los autores una recapitulación comentada de los datos y teorías aportados por sus precesores hasta finales del siglo XX, luego cuatro capítulos donde procuran mostrar, a través de las investigaciones arqueológicas realizadas por ellos mismos y por los investigadores anteriores, así como los datos etnográficos y lingüísticos de etnólogos y lingüistas que se han preocupado por las etnias de esta zona de Venezuela, la relación que se puede establecer entre arqueología y grupos étnicos, las fronteras etnolingüísticas de la Cordillera Andina de Mérida en los siglos XVI y XVII, la forma de hacer hablar la cerámica en función de la etnicidad, terminando ellos con su propio punto de vista acerca de los grupos étnicos que poblaron dicha cordillera a través del tiempo, sin tratar sin embargo el caso de los actuales descendientes de dichas etnias, quienes ocupan todavía las tierras “de resguardo” en las cuales los confinó el español y por las cuales tienen que pelear hoy para hacer su autodemarcación territorial –lo mismo que todos los grupos indígenas venezolanos– según las nuevas leyes de territorialidad del país.

Describen los autores tres circuitos económicos, relacionados con tres fronteras étnicas y con los territorios correspondientes: los hablantes de la lengua timote, provenientes de la zona que actualmente conocemos como Trujillo, que habrían llegado hace

unos 1500 años, un grupo de origen chibcha, que habría llegado en época anterior, proveniente probablemente de la zona sur del Lago de Maracaibo, y un tercer grupo de filiación arawak, del cual piensan los autores que era proveniente de los Llanos Altos Occidentales; al respecto pienso que, si bien es probable que viniera dicho grupo de filiación arawak de los Llanos, es probable que llegaran también otros grupos arawak, como dije en el libro “Mérida a través del tiempo” (ULA, Mérida, 1996) del Lago de Maracaibo, es decir, grupos anteriormente establecidos en el occidente del país y a pie de monte a orillas de dicho lago, según mis propios datos etnográficos recogidos entre los descendientes de ellos en la zona de Lagunillas de Mérida. La religión habría jugado un papel integrador entre ellos.

Gordones y Meneses hablan de que las investigaciones arqueológicas, etnohistóricas y lingüísticas permiten afirmar que en la Cordillera Andina de Mérida existió una organización social jerarquizada multiétnica que se expandió por todos los pisos altitudinales de la región. Según los autores cada centro poblado de esta organización social conservaba características propias, pero estos a su vez se correspondían con una organización social y económica que le permitía complementarse entre sí. Pienso sin embargo, que a pesar de que los antropólogos hablan mucho de grupos de “tierras altas” y de “tierras bajas” para analizar el caso de los andes, el análisis etnológico y etnohistórico me ha mostrado que tenían todos esos indígenas numerosos intercambios complementarios entre sí, y que constituían una gran región socioeconómica y cultural, a pesar de que no hablaban necesariamente la misma lengua.

La mayoría de los datos arqueológicos utilizados por los autores provienen de sitios con fechados anteriores a la invasión europea, la que iba a provocar, como en otras partes de América, una dislocación de las estructuras sociales. Sin embargo, pienso que esta catástrofe no logró causar una ruptura definitiva, a pesar

de lo que nos han contado siempre los historiadores mal informados, sino que se supieron reestructurar luego las culturas autóctonas de cierto modo, especialmente en cuanto a mitos, creencias y rituales –incorporando de la religión del invasor lo que más se acercaba a sus propias necesidades y creencias– así como conservaron cierta organización de parentesco, ciertas concepciones del ser humano y ciertas técnicas de cultivo, adaptándoles también a las técnicas traídas por el español (como el arado en ciertas zonas), pero perdiendo infelizmente lo mejor de su tecnología agrícola y de riego, por la ignorancia del invasor que no sólo no supo comprender la importancia de la misma para una región tan escarpada, sino que mudó muchas de esas comunidades indígenas, las cuales se vieron obligadas a abandonar sus terrazas para vivir en pueblos de doctrina y cultivar según técnicas españolas (lo que en muchos casos causó erosión en los cerros, cosa que siempre había sabido evitar el indígena).

En el capítulo referente a las fronteras etnolingüísticas en los siglos XVI y XVII, discuten los datos lingüísticos existentes hasta este momento, estableciendo una interesante comparación con otras áreas de la región occidental de Venezuela, y utilizando los listados de antroponímicos y toponímicos compilados por ellos en los documentos que tratan de las visitas hechas por los oidores del Reino de Nueva Granada en dichos siglos, lo que los lleva luego a la conclusión (que coincide por cierto con la de otros autores, pero apoyándola con mayores datos) según la cual los pueblos de la Cordillera formaban un verdadero mosaico cultural y lingüístico, en el cual predominaban grupos de familias lingüísticas chibcha, arawak y “timote”, con el vecindario de grupos caribes que se habrían instalado al sur del Lago de Maracaibo después de que ingresaran a esta zona los grupos de lengua chibcha.

Les parece que el dato cerámico es fundamental para conocer la etnicidad de los grupos sociales del pasado, y hacen una clasificación tipológica muy completa del material existente en la

época prehispánica en la región tratada, estableciendo la vinculación temporal y espacial de los mismos con materiales de la región occidental de Venezuela en general.

Aclaran que esta obra no está terminada, que quisieron por el momento establecer la conexión o ruptura entre sus propios datos y los de sus precesores, a fin de aclarar el panorama para los investigadores que trabajen en adelante sobre la Cordillera de Mérida.

Con todos los nuevos datos aportados, y la discusión que se origina de los mismos, así como las hermosas láminas que acompañan felizmente este trabajo, podemos considerar esta obra indispensable para una visión de conjunto de la Cordillera de Mérida, y una base para futuros trabajos de investigación en la región.